

blica. Ya todos los padres, sin alma, y sin honra (si no responden mas à lo bruto) dicen, que no lo saben, quando ese no saber arguye mas gravemente su torpísimo descuido; quando ese no saber manifiesta, que ni de sí mismos saben, ni miran el estado desventurado de su alma.

¡Oh, malos padres! De vosotros se queja el Eterno Padre, que habiendolos dado parte de su fecundidad con el nombre honroso de padre, vosotros lo abusais, para mayor ruina de las almas. De vosotros se queja el Hijo de Dios, que habiendolos tomado por sus cooperadores para la salvacion de vuestros hijos, vosotros, en vez de salvarlos, les servis de demonios. De vosotros se queja el Espíritu Santo, que habiendolos escogido por instrumentos para que hagais camino en vuestros hijos con la buena educacion à sus santas inspiraciones, vosotros se las quitais de sus almas. De vosotros se queja la Virgen Maria, que deseando tener en los vuestros otros tantos hijos,

vosotros los haceis hijos del diablo. De vosotros se quejan los Angeles, que les estorbais los compañeros de su gloria. De vosotros se queja la Iglesia, que le quitais su mayor decóro en los buenos Christianos. De vosotros se quejan las Repúblicas, que les causais con vuestros malos hijos sus daños, y alborotos. De vosotros se quejan las Comunidades, que con vuestros hijos mal criados les vais à manchar todo su lustre. De vosotros se quejan, en fin, vuestros mismos hijos, porque por vosotros padecen la vileza, la confusion, la deshonra, y la infamia: *De patre impio queruntur filii, quoniam propter illum sunt in opprobrio: (Ecl. 1. v. 10.)* Y si tales son, y tan justas las quejas, si tan altos como desde el mismo Dios contra vosotros los clamores, si solo se alegra el infierno con vuestro descuido; alto, à criar bien los hijos, para que criados bien, con su buen lógro, sean todo vuestro descanso, y regocijo mayor, y aplauso de la Gloria.



PLATICAS DOCTRINALES, SOBRE LOS SACRAMENTALES, DEL AGUA BENDITA, Y PAN BENDITO.

OBRA POSTHUMA

DEL P. JUAN MARTINEZ DE LA PARRA,
de la Compañia de Jesus.

Añadidas en esta ultima impresion, à continuacion de las Pláticas de los SACRAMENTOS, que para mayor fruto de las almas dió à luz el mismo esclarecido Autor.

PLATICA PRIMERA.

De los beneficios que recibimos con el Agua bendita.

A 9. DE ENERO DE 1695. EN LA CASA PROFESA DE MEXICO.

SI al paso que nos afligen los males nos supieramos valer de los remedios: si como se abren los ojos al sentimiento en los trabajos, se abrieran à la fé en los mas seguros socorros; ni serian quizá tantas las quejas, ni quizá tantas las aflicciones. Todo un Ejército de Soldados de Caballeria, y de carros envió el Rey de Siria para prender à Eliséo: ocuparon una noche los campos todos à la redonda de Dothán; y al amanecer, viendo el Criado del Profeta (4.

Reg. cap. 6. v. 14.) cercada la Ciudad toda por todas partes con tanto aparato de enemigos, con tanto número de Soldados, lleno de miedo, desalentado todo, y dandose ya por perdido: hay, Señor, le dice à Eliséo, ¿qué ha de ser de nosotros? ¿qué haremos? Pero el Santo Profeta, echado en oracion, rogó à Dios que abriese los ojos del Page, para que viese cuántos mas en número, y calidad eran los que él tenía à su defensa, y à su guarda, que los que lo cercaban à su daño. Abrióle el Señor los ojos, y vió todo un monte lleno de Caballos, y Carros de fuego, que al contorno de Eliséo hacian escolta: con esto perdió el miedo al punto, recobró el aliento, y dixo: vengán enemigos, mientras tal defensa tenemos. ¡Oh, si con aquel abriera nuestra fé los ojos! Muchos son los males que nos

cer-

cercan, ya en el cuerpo, ya en el alma: muchos los daños que nos afligen, ya en lo temporal, ya en lo eterno: muchos los enemigos que nos combaten, ya visibles, ya invisibles; pero si con la fé vieramos, y lográramos cuántas son las defensas que tenemos en nuestro favor prevenidas, en vez de miedos, y de quejas, cobráramos con los mas seguros alientos los mas inestimables provechos.

Vimos ya en siete Soberanos Sacramentos tantas fuentes de nuestra vida, tantos baluartes inexpugnables à nuestra defensa, tantos tesoros inmensos à nuestro socorro, tanta Sangre de un Dios à nuestro espiritual aliento. ¿Y queda solo en esos la defensa de nuestros males? Aun bastaba cada uno solo para todos; mas como se nos repiten por instantes los peligros, por instantes tambien nos previno la mas soberana benignidad los socorros. Y si nuestra Vida Christo, con todo el valor de su Sangre, nos instituyó los Santos Sacramentos; nuestra Madre la Iglesia, inspirada, y asistida del Espíritu Santo, todo Dios de amor, que la alienta, nos instituyó los que llamamos *Sacramentales*. A la manera que pienso yo, mientras un Padre, porque lo es, emplea su caudal todo en ponerle al hijo la finca de un copioso mayorazgo; con todo eso la Madre por su parte, porque es Madre, aunque así lo vé enriquecido, no dexa por eso de solicitarle de lo que ella adquiere de su bolsillo otras alhajas preciosas, otros muebles de valor, deseosa de su mayor conveniencia. Así de nuestro Padre Divino, si tenemos en cada Sacramento un mayorazgo, tan copioso, como seguro; de nuestra amorosa Madre la Santa Iglesia tenemos, de lo que ella adquiere de su misma Magestad, inestimables bienes de cada uno de los que llamamos *Sacramentales*.

¿Y qué cosa son, y cuántos los Sacramentales, que quizá à algunos les cogerá de nuevo este nombre? No hablamos de las sagradas Ceremonias, y solemnes Ritos que la Santa Iglesia usa en la administracion de los Sacramentos Santos, à las quales por ordenarse à la decorosa veneracion, al religioso culto de los mismos Sacramentos, las llama *Sacramentales* nuestro Eximio Suarez. Otras cosas sagradas son las que aqui llamamos *Sacramentales*, porque destinadas por la Iglesia para socorros espirituales de las almas, para espirituales defensas de los daños contra nuestros invisibles enemigos, y de los peligros tambien, y daños de los cuerpos, se asemejan en su virtud à los Sacramentos, disponen en su modo para bien recibirlos, y suplen de alguna manera algunos de sus admirables efectos. Estas son, la primera, como mas principal de todos, el Agua bendita, el Pan bendito, la Oracion del Padre nuestro, la Confesion general, el Golpe de pechos, la Limosna, la Bendicion Episcopal, ceñidos todos en aquel antiguo verso: *Orans, sine-*

tus, edens, confessus, dans, benedicens.

A que se reducen otras no tan célebres. Sacramentales dixé que se llaman, por lo que en su virtud se parecen à los Sacramentos: porque à la manera que hirviendo el Sol no pocas veces en una espesa nube, de modo la reviste de sus rayos, la cerca de sus luces, la hermosa de sus resplandores, que parece otro Sol en el Cielo, à que llaman los Astrologos *Parellion*; y si bien ella no es el Sol, ni tiene de ese Planeta Rey la virtud toda, mas lo retrata de modo, que tambien reparte ella sus luces: si cada Sacramento es un Sol, cada Sacramental, aunque no tiene ni con infinita distancia aquella virtud; mas con todo, por los ruegos, y oraciones de la Iglesia, hace cada uno en el alma, y en el cuerpo efectos admirables.

¡Oh, cuántos tiene que abrasar nuestro amor, tiene que admirar nuestra fé, tiene que lograr nuestra necesidad en el primer Sacramental, que es el Agua bendita, que tan sin atencion la tratamos, costumbre que tan poco la estima el uso; que la aprecia tan poco la facilidad! ¡Genio ruina de nuestra ingratitud, que solo lo difícil nos aumenta la estimacion: que solo lo que nos falta, nos hace dar valor à su precio! Sabido, ponderado, y conocido por la Doctrina Católica, lo que es el Agua bendita, quáles los males de que nos libra, y cuántos los bienes que nos acarrea, si no estuviera luego tan facil por la benignidad de la Iglesia el conseguirla, un pomo solo de Agua bendita no hubiera precio, ni valor con que estimarlo. Instituyóla, pues, el Apostol, y Evangelista San Maréo, como lo refiere San Clemente Romano. (S. Clement. l. 8. *Const. ap. c. 35.*) discípulo de San Pedro, y San Dionysio, discípulo de San Pablo. (Dionys. *cap. 2. Ecl. Hier.*) Tan antigua, pues, como nacida en las mismas canas de la Iglesia, es esta Apostólica tradicion. Promulgóla despues San Alexandro Papa y Martyr, primero de este nombre, y quinto Pontífice despues de San Pedro, como consta del capítulo: *Quam de Consecrat, dist. 3.* Y desde allí ha venido siempre venerada de los Santos Concilios, celebrada con prodigios admirables de los Santos, usada con innumerables milagros de los Fieles, y solo con blasfemos ladridos de los mas perversos Hereges calumniada.

Ya desde la Antigua Ley anunciaban luces divinas esta Agua soberana: miraban à ella, ya aquel labio de bronce, (Paralypom. *cap. 4. v. 6.*) en que antes de la entrada del Tabernáculo, se lavaban los Sacerdotes: ya la célebre Agua de la Aspercion, que en los Numeros, (*Num. cap. 19.*) y en el Levítico le servia por mandado de Dios al Pueblo de Israel, para purificarse de las manchas legales; ya aquella Agua milagrosa, que mezclandola con sal el Profeta Eliséo, con ella sanó las amargas aguas de Jericó, y la tierra sanó las amargas aguas de Jericó, con la tierra que antes era esteril la dexó con eso fructuosa,

Ooo

y

y fecunda, dixo el citado Santo Pontífice Alexandro: *Benedicimos el agua mezclandola con sal*, (dice este Santo Pontífice) *para que se santifiquen los que con ella se rocían, porque si la ceniza de la baca, mezclada con sangre*, (que eran las Aguas de la Aspersión) *limpiaba aquel antiguo Pueblo: y si el Profeta Eliséo, con aquella sal quitó de las aguas la esterilidad, ¿ cuánto mejor acá la sagrada Agua con las Oraciones, y Preces quitará la esterilidad, limpiará las manchas, multiplicará los bienes, desterrará à los demonios, aterrará las fantasmas? Y aun por eso, envidioso el demonio, como mono imitador de la verdad, procuró que imitarán entre sus mentiras los Gentiles, sin mas efecto que engaños, esta Agua, que aunque les servia de rocío, le faltaba la bendición: (Æneid, 2.) Idem terrosius pura circumtulit unda: spargens rore levi, & ramo felicitis olive, que dixo por todos los engañados Virgilio; pero esas eran memorias de la superstición, envidiosas de la verdad.*

Yá, pues, ¿ cuánto es el valor, cuánto el precio del Agua bendita, que tan barata tenemos, yá que duerma nuestra fé, yá que tan poco se aprecie lo eterno, y lo temporal? Fácilmente lo diera hoy à entender, si se repitiera à tiempos el prodigio, que una vez sucedió en la Ciudad de Salerno, y lo refiere Marco Antonio Marsilio: (Marsil. in Hidragio seff. 3. cap. 6.) dice, que en aquella Ciudad, donde está el sepulcro del glorioso Apostol San Matéo, conoció él à una muger muy anciana, y devotísima del Agua bendita, que todos los dias venía à la Iglesia se rociaba con ella, y sucedióle no pocas veces, que todas las gotas de agua que le caían en las tocas, manto, y ropa, se le convertían en granos de oro finísimo, y por esta maravilla tomaron despues sus descendientes el apellido de *auró fino*; Ah, codicia! ¿ qué hicieras por tal afecto? Mejor diré, ¡ ah, vileza del humano corazón! ¿ cómo buscarías, cómo estimarías esta Agua, si al rociarla, cada gota así se convirtiera en un grano de oro, ò en una perla? Pues si una vez obró Dios este milagro, no fue por lo material del oro que su Magestad desprecia, sino porque así conociera la fé, y estimára el alma, y cuánto es de esta soberana Agua el mas inestimable valor. Vamoslo viendo por sus efectos.

El primer efecto, que esta Agua hace en el alma, es limpiarla de los pecados veniales; ¡ Oh, si de estos hicieramos concepto, cuántos son sus males! En lo corporal terrible es la muerte; pero ¿ es poco mal, pregunto, un tabardillo? Pues si el pecado mortal es muerte del alma, los veniales son un tabardillo, que la encaminan à esa muerte. Es el supremo mal el infierno; pero pregunto, ¿ les parecen regalo la penas del Purgatorio? Pues si el pecado mortal es el que pone al alma en el infierno, los veniales son los que en el Purgatorio la detienen entre imponderables tormentos. Y, ¡ oh! ¿ qué pudiera referir de sucesos terribles, de tormentos inexplicables de

almas santas, solo por pecados veniales? Y si de estos aun no se escapan los mas justos: si son los que cometemos innumerables: y si en las alabanzas de Dios, ni uno solo se ha de escapar; ¿ qué bien será el tener tan fácil, tan à la mano, tan à cada rato, si queremos, en el Agua bendita su remedio? Pero es menester advertir, que aunque todos los Doctores Católicos (D. Th. 3. p. 87. art. 3.) convienen, en que tiene el Agua bendita este admirable efecto; pero en el modo, el sentir mas comun, mas seguro es, que no obra por sí sola, ò como ellos dicen: (Suar. 1. 4. in 3. disp. 12. seff. 2.) *Ex opere operato*, que eso fuera ser Sacramento: obra, pues, en virtud de los ruegos de la Iglesia, si el que la recibe con la sumision del alma, con el conocimiento de la fé, junta tambien el arrepentimiento de sus culpas. Esto es lo que nos advierte bien el Catecismo: (Baseus verb. Pænit. cap. 4. num. 6.) *Todo esto hecho con devoción. Y para bien tan grande, ¿ quién no avivará la fé, y el arrepentimiento à lograr por instantes esta dicha? Ni para en eso: que esta bendita Agua alienta el corazón, y corrobora al espíritu con un espiritual confort. ¡ Oh, qué testigo tenemos de esto en aquella admirable Virgen Sta. Teresa de Jesus! (In Vit. e. 3.) Debe ser, dice, grande la virtud del Agua bendita: para mí es particular, y muy conocida la consuelacion que siente mi alma quando la tomo. Es cierto, que lo muy ordinario es sentir mas recreacion, que no sabría yo darla à entender, como un delyte interior, que toda el alma me conforta. Esto no es antojo, ni cosa, que me ha acaecido sola una vez, sino muy muchas, y mirando con grande advertencia: digamos, como si uno estuviese con mucha calor, y sed, y bebiese un jarro de agua fria, que parece todo el sentido sintió el refrigerio. Hasta aqui de sus experiencias dichas esta Virgen admirable. Y de su gran valor, Santo Tomás (D. Thom. 3. part. 9. 65. artic. 1. ad 6. & in 4. distinct. 6. quest. 6. arr. 1.) afirma, que esta bendita Agua tiene una sagrada fuerza moral, que quita los impedimentos del alma, para que goce de los Sacramentos excita en ella movientos de fervor, y devoción, con que la encaminan al remedio. Y à este intento refiere el Discípulo, que un Soldado tan enfermo, como desalmado, despreciaba los ruegos de un Sacerdote, que le exortaba al dolor de las culpas, y à recibir los Santos Sacramentos: y viendo que à todo se cerraba, y que todo su clamor era por agua; el buen Sacerdote, sin que lo entendiese el enfermo, le dió à beber un jarro de Agua bendita: y al instante, ¡ oh, bondad infinita! comenzó aquel à pedir con grandes voces, que lo confesára: y habiendole ministrado los Sacramentos, acabó con señales dichosísimas. (Baronius tom. 1. Annal. ann. Christi 57. n. 110.) ¡ Oh, cómo hiciera en todos nosotros esta santa Agua efectos tan admirables, si supiera nuestra fé disponerse!*

Por eso, pues, de costumbre antigua de la Igle-

PLATICA II.

De la admirable virtud, y eficacia que tiene el Agua bendita contra los Demonios.

A 25. DE ENERO DE 1695.

Iglesia, à la entrada de ella se nos pone siempre à la mano derecha el Agua bendita, (Durant. de Ritibus Eccles. 1. 64. c. 4.) porque ella nos excite en el corazón à estar en el templo con reverencia, con devoción, y con fervor; porque ella nos aliente el espíritu à lograr el fruto de los Sacramentos, porque ella nos aparte las malignas ilusiones, con que el demonio nos procura allí privar de tan divinos frutos. Y por eso el Antiguo Santo Concilio Nananense mandó, que todos los Domingos el Parroco, despues de bendecir el Agua con la decencia que pide tanto ministerio, rociára con ella à todo el pueblo; Por eso este Santo Concilio dispuso, que todos la llevarán à sus casas, la tuvieran en sus recamaras, rociáran con ella sus viñas, sus sembrados, sus ganados, sus habitaciones, para gozar con ella todos los bienes; y para que les sea defensa segura de todos los males corporales, y espirituales, como veremos en la Plática siguiente. Y ahora, para confirmacion de lo dicho, y aliento de nuestra devoción, referiré solo de entre innumerables este prodigio.

Traelo de otros Autores nuestro Davero Ulpio. (Tom. 2. Catechis. Histor. tit. 20. cap. 10.) Un Conde de Raceburg en Alemania, llamado Henrico, tenia presos à algunos Ciudadanos de Paris, afligiendolos con muchas molestias, y tormentos: habia rogado por ellos Ebernoldo, Obispo de aquella Ciudad; pero, sin que valiesen nada sus ruegos con el Conde Henrico, se estaban aquellos miserables presos. Llegó el día solemne de la Pasqua, y por ser tan gran día, llevaron los presos à la Iglesia, para que oyesen Misa; pero con la guarda, y todos cargados con sus prisiones, y en una collera, que con una gruesa cadena à todos los ensartaba. Dispusose el Obispo à celebrar la Misa, y antes de ella, saliendo à decir el *Asperges*, llegó entre la muchedumbre con el Agua Bendita à rociar à los presos; achó sobre ellos, y sobre las prisiones aquella santa Agua, diciendo el verso del Psalmo 145. *Dominus solvit compendios*, el Señor desata los presos; y luego al punto, la cadena, y los grillos, à vista de todos, se quebraron, y cayeron por los suelos, dexando à los presos del todo libres. Levantaron la aclamacion, y el grito al prodigio: y para memoria del que la merece eterna, se guarda en aquella Santa Iglesia la cadena milagrosamente deshecha à fuerza del Agua Bendita. ¡ Como pues, esta santa Agua no nos desatará del alma los hierros de veniales culpas, las prisiones que nos han de tener en la carcel de los mayores tormentos, si con sumision del alma la recibimos, si con devoción, y fervor arrepentidos logramos su divino rocío? Que purificando nuestras almas aun de las mas leyes culpa, nos las restituirá à los candores de la Gracia.

Benigno el Cielo al despuntar sus luces, yá desterrando con el bello rocío de la mañana las tinieblas de la noche. No parece, sino que à purificar yá el ayre, yá la tierra, primero esparciendo el rocío, limpia y hermosa quanto pudieran afeár las negras sombras, para derramar luego en la luz, y el calor envueltas con la alegría las mayores influencias à la vida. Así vemos al romper la Aurora, ¡ qué serena transparencia en los ayres, y en las plantas todas! ¡ qué al jofar, qué bellamente esparcido; quanto las fecunda en las raíces, en las hojas las hermosea! Es en fin el rocío del Cielo el *Asperges* de la Aurora, el que entre el día, y la noche desparciendo jurisdicciones, hace retirar huyendo los tinieblas, que el día se apesone de sus luces. ¡ Qué retraito, como tan del Cielo, para el mas fecundo, mas benéfico, mas poderoso rocío, con que en el Agua bendita la mas bella Aurora, la Iglesia digo, nos reparte rocío de luz, que triunfe contra las infernales tinieblas! *Quia ros lucis ros tuas*, (Isaí. 26. 29.) podemos decir con Isaías. Y si quando está la Luna llena, entonces es, dixo Plutarco, quando reparte el Cielo el rocío mas abundante, y mas benéfico de la plenitud de meritos de la Luna: que eternamente perfecta, y llena le lleva al Divino Sol sus agrados, nos viene este rocío bendito con eficacias tan poderosas, que cada gota suya es una encendida bala, con que ayudando nuestra fé, podemos batallar seguros: *Adversus mundi refores tenebrarum*, (D. Paul. ad Cor.) contra los Principes todos de las infernales tinieblas.

Este es, pues, otro amabilísimo efecto del Agua bendita: este otro precio sin precio del todo inestimable de su grande valor: sernos defensa tan à la mano, tan fácil contra un poder, que en toda la tierra no hay fuerzas, que puedan igualarse à la menor de sus violencias: *Non est potestas super terram, que comparetur ei*. (Job 14.) Contra una fuerza tan terrible, que como las pajas mas debiles troncha, y desmenuza los cerrojos de hierro mas fuertes, y que à su violencia las dobladas planchas de bronce se doblan, y desmenuzan como podridas tablas: *Reputabit quasi paleas ferrum, & quasi lignum putridum eis*. (Job. 41.) Contra un enemigo tan astuto, que juntando de todas las fieras lo cruel, de las bestias todas lo sangriento, de las sierpes todas lo venenoso, à todas juntas les gana con sus ardidés: *Callidior quavis animal*

malibus terræ. (Gen. 3.) Contra un espíritu, y contra millares de espíritus, que siempre desvelados, siempre sulcitos, no tienen otro deseo, que nuestro daño, no tienen otro cuidado, que nuestra ruina; y mientras dormidos nos atisvan, mientras desuicados nos cercan, mientras divertidos nos persiguen, y ni un solo instante nos dexan: contra los demonios, en fin, que uno solo, si lo dexára Dios, bastára para trastornar todos los mares, trabucar todos los montes, revolver, y desquadrar todo el Orbe: contra los demonios, que si hicieramos el debido concepto de cuánta es su rabia contra nosotros, cuánto su deseo de nuestro mal, y cuántas sus astucias; era para que vivieramos en una continua congoja, en un perpetuo susto, siempre estremecidos, y temblando siempre.

Contra estos, pues, nos pone nuestra Madre la Iglesia en la mano, con el Agua bendita, la defensa tan eficaz en solo su rocío. No han visto, cómo al disparar la escopeta vuelan al instante, huyendo la parva de tordos, tan temerosos, que un instante no paran? Pues así esos malditos espíritus, que tanto pueden, que tan de valientes se precian, que raxan, y trastornan: al rociar esta Agua santa un niño, una muger, llenos de miedo los hace huir temerosos, temblando. Aun no lo expliqué bien: ¿no han visto, dice San Vicente Ferrer, (*Serm. de aqua bened.*) quando al olor de la comida acuden à la cocina los perros? La cocinera, que ni echarlos le basta, ni amargarles con un palo, porque vuelven una, y otra vez repetidamente molestos, ¿qué hace? previene un perolillo de agua hirviendo, dexalos acercar, y echandola toda encima, salen rabiando, de modo, que no vuelven tan presto. Pues eso hace el Agua bendita con el mas molesto perro, que es el Demonio: echasela encima, que como el perro sale de allí rabiando, así saldrá huyendo el Demonio.

Yá, pues, sea en las tentaciones, con que este maldito espíritu tan peligrosamente nos molesta, yá en las ilusiones con que nos turba, yá en los miedos con que nos espanta, el rocío, al punto, de la Agua bendita, ha de ser nuestra manual defensa, como lo era de la admirable Virgen Santa Teresa de Jesus. Una vez, dice, que estando en oracion; le apareció en abominable figura, y añade: *Yo tuve gran temor, y santigueme como pude, y desaparació: y tornó luego. Por dos veces me acació esto: yo no sabia qué me hacer: tenia allí Agua bendita, y echasela ácia aquella parte, y nunca mas tornó.* Y otra vez, y otras veces, dice le sucedió lo mismo. Y así nos atestigua de su experiencia: *De muchas veces tengo experiencia: que no hay cosa con que hayan para no tornar: de la Cruz tambien buyen; mas vuelven luego.* Debe de ser grande la virtud del Agua bendita: por eso la Santa la amaba tanto, y tanto de su defensa se valia. En otra ocasion, en que la atormentaba con golpes el Demonio, haciendo varias dili-

gencias sus Monjas, aun no descansaba. Y dice ella misma: *Pues como no cesaba el tormento, dixé, si no se riesen pediria Agua bendita: traxeronmela, echéla ácia donde estaba, y en un punto se fue, y se me quitó todo el mal, como si con la mano me lo quitarán.* ¿Qué mas he de decir yo para aliento de nuestra devoción? Que usemos con viva fé de esta espiritual soberana defensa: que si no se logran à todas veces sus efectos, es sin duda porque ni le acompaña nuestra fé, ni nuestra devoción: pues no era mas que Agua bendita con la que obró tales triunfos Santa Teresa.

Para lanzar los demonios de los cuerpos, que atormentan, referir de está Agua soberana la eficacia, fuera trasladar aquí millares de prodigios, con que en las vidas de los Santos, desde lo mas primitivo de la Iglesia hasta nuestros tiempos, ha venido esta Agua siempre desterrando tinieblas. A centenares pudiera referir los milagros. Mas por todos en breve refiere el Discipulo, que un hombre embriagado, y perdido del vino, encontrandose en una calle con un endemoniado, como quien no tenia en su lugar la cabeza, parandose, le dixo al demonio, que se entrase en él, y dexase à aquel hombre; pero el demonio le respondió: si hiciera, pero no puedo. ¿Pues por qué no puedes? Porque esta mañana estuviste en la Iglesia, y te cayó una gota de Agua bendita en la boca. ¿De modo que una sola gota de Agua bendita así reprime, así detiene un furor tan desenfadado? ¿Pues qué hará, y qué no ha hecho yá en arrojarlo de los cuerpos? Ni solo de los cuerpos, sino tambien de las casas, que infestan, y persiguen estos malditos espíritus, que llamais Duendes, que rociadas con el Agua bendita, repetidas veces se han librado de sus inmundicias, de sus inquietudes, y de sus perversas turbaciones.

Así libró San Teodoro Archimandrita la casa toda de un Duque, llamado tambien Teodoro, que infestada de malignos espíritus, no dexaban à los habitadores comer, ni cenar, ni descansar, y al rocío del Agua bendita se les restituyó la paz. (San Braulio *in ejus vita* 517.) Así San Millan el de la Cogulla restituyó la quietud à la casa de un Senador, llamado Honorio. Así San Gregorio el Monge libró con el Agua bendita todo un Pueblo, à quien inquietaba, y turbaba un demonio en figura de Toro. (Joan. Diae. *in vita S. Gregor. lib. 4. num. 93.*) Así San Bilibordo Obispo, restituyó con el Agua bendita el amable sosiego à un noble Ciudadano de Utrech, en cuya casa un maligno demonio, quanto encontraba lo echaba en el fuego; y à él esta Agua soberana le echó tanto fuego encima, que lo hizo retirar.

Ni solo contra el demonio, sino tambien contra sus infernales ministros, hechiceros, y brujos tiene el Agua bendita la mas tichosa eficacia, para deshacer sus enredos, sanar de sus males, librar de sus hechizos, desvanecer sus encantos.

Y siendo éste esquadron funesto tan digno de temores, ¿con cuánto consuelo se debe tener en esta Agua el artificio divino del remedio contra sus venenosas diabólicas artes? Un Herege, que guardaba una firoteza de Libonia, refiere nuestro Antonio Posevino, no podia coger los muchos lobos que infestaban la tierra à la redonda; porque saliesen, hacia hoyas, y trampas donde cayesen; ellos no caian, à lo que pensaba, porque ciertos Aldeanos lo estorbaban con sus hechizos. Contóselo así al Padre Posevino, y respondió: pues yo os daré un poco de Agua bendita: rociad con ella las hoyas, y vereis como caen los lobos. Dió una grande risada el Herege, y dixo: si tal sucediese con esa vuestra Agua, yo creyera, que era cosa divina. Alto, pues, hacedlo: hizolo él, y al punto fueron cayendo los lobos en las trampas, el demonio en la red, y el Herege en la cuenta, con que se reduxo à nuestra Santa Fé Católica. Así pudiera referir millares de hechizos, y hechiceras, à quienes el Agua bendita les ha sido la contratrampa de sus infernales marañas.

Mas porque nos empecen de esta Agua los beneficios desde que entramos en la cuna con la vida, hasta que salimos de ella en la sepultura: en la cuna, que de la ternura, y la inocencia tanto pelagra la vida de los niños, deben tener las madres por defensa, con que repetidamente les asistan, el rociarlos con el Agua bendita: à la noche, à la mañana, y à todas horas sea este rocío del Cielo, el que rociando las tiermas plantas, las fecunde à la vida, desterrando de ellas las tinieblas. Dos mugercillas en Alemania, refiere Sprenger habian refidido entre sí: (Jacob. Spreng. *de Malefic. part. 2. quest. 1.*) y la una de ellas, temiendo que la otra era bruja, teniendo un niño muy pequeño, y temerosa de su daño, lo roció al anochecer con Agua bendita: durmióse, y à la media noche despertó asustada, oyendo llorar à su hijo: alargó la mano à la cuna para mecerlo, halló vacia la cuna, saltó al punto, encendió luz, buscólo, y fue lo à hallar en un rincón, sin que pudiera haber allí quien pudiera haberlo movido, pero sin daño alguno.

Mas porque al paso que es mayor el aprieto, es esta defensa mas necesaria, en el punto de la muerte; entonces, quando nuestro infernal enemigo asesta sus tiros, no solo con tentaciones, sino con espantos, repetidamente ha de ser allí el rocío del Agua bendita, el que sirva de refrigerio al afligido enfermo. Por eso el Santo Concilio Nanatense disponia, (*Concil. Natan. cap. 4.*) que el Parroco fuese à la casa del enfermo, y antes de sus exhortaciones santas la rociara toda con Agua bendita; por eso en la administracion de los Santos Sacramentos dispone el Ritual Romano, que al entrar el Parroco en la casa de el enfermo la rocíe con Agua bendita: defensa sa-

grada contra los espantos, que tanto atemorizan aun à los Santos. De San Anon, Arzobispo Coloniense, refiere Surio, (*tom. 6. 4. Decemb.*) que estando con acerbísimos dolores yá para morir, le apareció el demonio en una espantosisima figura, reprehendiendole el Santo, echabalo de allí, pero él se estaba, hasta que pidiendo Agua bendita, al instante desapareció, sin verlo mas. De otro Monge del Monasterio Cluniacense se refiere tambien, que estando para morir, veía dos pájaros, el uno blanco, y hermosísimo, y el otro negro, y espantoso; y diciendolo así, al punto que echaron Agua bendita, el negro desapareció, quedando el otro solo, que le daba grande consuelo.

Pero porque aun mas allá de la vida nos pasa de esta Agua soberana el socorro, por eso, de antigua ceremonia de la Iglesia, se rocía con el Agua bendita, no solo el cadaver, sino el túmulo, la sepultura, los cementerios. (Ap. Raynaud. *tom. 16. 2. aternitat. pag. mibi 224.*) Así lo dispuso el Santo Concilio Nanatense: *Et atrium ejusdem Ecclesie similiter aspergat, & pro omnibus ibi quiescentibus oret.* ¿Por qué será esta tan santa, tan antigua, tan venerable ceremonia? ¿Será por desterrar de allí los demonios, que no infesten las cenizas? Así lo juzgó Durando. (Durand. ap. Carrier. *de tradit. fol. mibi 534.*) ¿Será por acordarnos con este Divino rocío, que aquella planta allí muerta ha de renacer en la resurreccion? Así lo pensó nuestro Pedro Coron. ¿Será por mostrarnos, que como aquella Agua pura, y como aquel incienso desecho, así han de subir à Dios para los difuntos nuestras oraciones? Así lo discurrió Carrier. Ello, en fin, es para que avivandose nuestra fé con la oracion, les sirva aquel rocío de alivio à las almas, que en el Purgatorio padecen. Que si sabemos de San Bonifacio Obispo, (Bolland. *in vita, mensis Febr.*) que echando una poca de Agua bendita en una hoguera, entró por medio de las llamas, sin que se le quemara ni un solo cabello, milagro con que convirtió à los Gascones; ¿qué mucho será que el Agua bendita tenga eficacia para templar las llamas del Purgatorio, y para refrigerar aquellas pobrecitas Almas? En la vida de San Diego de Alcalá, (Padre Quintanad. *in vit.*) Lego admirable de la Religion de San Francisco, se refiere, que solia baxar à la Iglesia à asperjar con Agua bendita, y alguna vez se vió que de cada sepultura se iban levantando los difuntos, y à porfia le decia cada uno: *A mí, Padre Santo, à mí;* donde se conoce bien, cómo sentian el refrigerio.

Fray Christoval Moreno, en un libro que escribió del Agua bendita, refiere al cap. 29. y lo trae de un antiguo Monge Cartusiano, que un Santo Sacerdote, que regia una Iglesia en Francia, predicando un dia Domingo, rogó al Pueblo, que el dia siguiente acudiesen todos, por-

que queria celebrar Misa por los Fieles difuntos: juntóse allí todo el Pueblo el Lunes, y acabada la Misa, se fue al Cementerio, y asperjando con el Agua bendita à la redonda todas las sepulturas, se abrieron, y vieron los que le acompañaban, como los difuntos sacaban los brazos, y en las manos abiertas recibían el Agua bendita: prodigio, que sabiendolo el Obispo, fue principio de la costumbre, con que los Lunes se dice de ordinario la Misa de *Requiem* por las Benditas Almas. Y si desde que nacemos à la vida, como por todo el discurso de ella, y en el término triste de la muerte; y aun despues de la sepultura nos es el Agua bendita el celestial rocío, que desterrando tristes infernales tinieblas, nos sirve de consuelo, defensa, y socorro, no malogre tanto bien nuestra poca Fé, y nuestra tibieza: acompañe el fervor de nuestros corazones, porque librandonos de tan perversos enemigos, nos ayude à que logremos luego, con la luz de la gracia, el eterno bien de la Gloria.

PLATICA III.

De los provechos, y admirables efectos corporales del Agua bendita.

A 30. DE ENERO DE 1695.

Debidamente se llevó por nombre proprio suyo su misma admiracion, porque solo la admiracion pudiera dár à conocer su precio, aquel rocío del Cielo, que mansamente esparcido, cubria todas las mañanas los campos del Desierto à la redonda del Pueblo de Dios, que caminaba peregrino. Aquel rocío, digo, que siendole juntamente pan amasado del Cielo, y sustentó prevenido de los Angeles en tanta muchedumbre, como de hombres, de apetitos, à cada uno le sabía à lo que gustaba, y le gustaba à lo que queria. ¿Qué es esto, se decían admirados? ¿*Quid est hoc?* Y en Hebreo: ¿*Manhu?* Y no sabiendose responder lo que era, porque era todo, quedósele por nombre la misma admirada pregunta, llamandose *Manna*, que nada en particular dice, expresaron con ese nombre los manjares, los gustos, y los sabores todos. Y si en el rocío del Cielo vimos ya retratado el Asperges, con que la mas bella Aurora destierra las peores tinieblas de la infernal noche, en este rocío milagroso aun podemos admirar otro *Manna*, que el Agua bendita, mejor se acomoda à los gustos, y à las necesidades todas, siendo para cada una, como si para ella solo fuera el que es para todas remedio. Mas si le pusieron bien por mote à aquel *Manna*: *Ad modum recipientis*, porque no teniendo él en sí mismo los sabores, el gusto del que le comia, era el que su sabor lo variaba, siendo

la disposicion del paladar la que de él hacia, ò dulce, ò agrio, ò suave, ò picante el manjar: asi mejor nos sucede en el *Manna*, todo milagros que se nos reparte en el celestial rocío del Agua bendita, que al paso que es en el alma la fé, con que se recibe la interior devocion, y fervor del corazon, que la busca, el arrepentimiento de la conciencia que la abraza, à ese paso es de sus efectos la variedad, como del *Manna*, tan provechosa, como admirable: *Ad modum recipientis*.

Entramos por un prodigio, que del Agua bendita ha querido Dios en su Iglesia, que las palabras, que la dén à conocer, sean atropados los milagros: que à fuerza de millares de prodigios, mas que con ponderacion de las voces, se gane en los Católicos su estima, y su veneracion. En la Vida de la admirable Virgen Santa Brigida viuda, se refiere, (Apud Bolland. tom. 1. mensis Febr. fol. 131.) que una pobre muger llena de lepra, à quien la Santa le servia humilde, le pidió, que le diese un poco de Agua, y ella le puso à la cabeceira un vaso de Agua bendita, para que le fuese remedio à su sed insaciable: y al mismo tiempo la Santa Virgen le pidió à su Angel de Guarda, con quien trataba familiarmente, que echase su bendicion à aquella Agua: hizolo el Angel, y el Agua desde allí, como el *Manna*, sabía à lo que queria la enferma; ya era miel dulcísima, ya regalado vino, ya suave leche, y asi mudaba de todos los licores los gustos. Y ya, si no en lo material del sabor del cuerpo, en lo mas provechoso del gusto del alma nos mostró bien este prodigio, que es agua bendita el *Manna*, que se acomoda à todas nuestras necesidades. En las espirituales ya vimos como es allento del corazon, como afervoriza la voluntad, como fortalece el espíritu, como limpia de los pecados veniales: ya vimos como, contra nuestros espirituales enemigos, es su rocío cerrada carga de artilleria, que desvarata sus esquadrones, que deshace sus astucias, y marañas, que burla sus hechizos, y encantos, y que traslada contra los mismos demonios sus miedos; ya admiramos como en el mayor aprieto del alma es esta Agua soberana su defensa, y como aun en las penas del Purgatorio les sirve de dulce refrigerio. ¿Y para en esto? Sobraba para nuestro amor, nuestra estimacion, y nuestra fé.

Però restanos vér, como en lo corporal esta Agua santa es *Manna* de todas las necesidades. Empieza desde el punto, que la criatura en el vientre de la madre se anima: allí, ¿qual es su peligro mayor, ò por mejor decir, el todo de sus peligros? El aborto, en que ambas vidas se aventuran. Pues ahí el Agua bendita es su defensa. De sí mismo lo refiere Autor tan grave, como Teodoro, (Theod. in Vita S. Macedon.) que estando en el vientre de su madre, y padeciendo ésta ya las evidentes señales del aborto, en-

viandole San Macedonio un vaso de Agua bendita, que bebiera, al punto cesó el achaque, se acabó el peligro; detuvose la criatura para nacer felizmente, à ser un grande Doctor en la Iglesia. Ya en el parto, ¿qué de riesgos! ¿qué de peligros à entrambas vida, del hijo, y de la madre! Pues à todos es el remedio eficaz el Agua bendita. Asi refiere San Bernardo en la Vida de San Malachias, (in Vita S. Bern. lib. 64. cap. 2. num. 3.) que à una muger, que en recisimo parto estaba ya para perecer, el Santo Obispo, con el rocío del Agua bendita sacó la criatura à luz. Y el mismo San Bernardo, estando una muger tres dias enteros en el reventadero de un durisimo parto, ya desesperada de vivir, viniendo el Santo Abad, le dixo: Bebed un poco de Agua bendita, y al instante dió la criatura sana, quedandolo tambien la madre: y por este prodigio le pusieron al niño tambien Bernardo. Aquí exclamo yo, que si hay éste, y otros socorros de la Iglesia santísimos, aprobados, prodigiosos: ¿para qué se buscan los supersticiosos embustes del demonio, que tan usados andan en los partos? ¿Cómo no han de tener malos sucesos las que dán mas credito à una vieja ignorante, que à la misma Iglesia de Dios? ¿las que prefieren supersticiones, embustes, las mas veces inmundos, y asquerosos, à los remedios soberanos, que han usado con tanta veneracion, como provecho, todos los Santos? Ea, que quizá bastará este rocío para desterrar mugeriles ignorancias en lo que vá tanto, como la vida, y la salvacion.

Y volvamos à el Agua bendita, que nacida la criatura, aun no la desampara su dichosa eficacia. ¿Qual es entonces su mayor necesidad? La leche. Ya se vé, que es su sustento todo. Pues para que aun en eso se erie à los pechos de la Iglesia, le ha servido tal vez de ama el Agua bendita. El Abad Abraham, refiere Casiano, (Cassian. collat. 15. c. 4.) yendo una vez à la siega, se encontró en el campo una muger con un tierno niño en sus brazos, que estaba ya para espirar, porque tenia ella tan secos los pechos, como inundados de lagrimas los ojos. Asi se lo dixo al Santo Monge, y él compadecido, con viva fé bendixo un jarro de agua, y se lo dió à beber, y al punto comenzaron los pechos, antes secos à llenarse de abundantes arroyos de leche, con que dando de mamar à su niño, se volvió gozosísima. Asi por escalones vá el Agua bendita acomodando con nuestra vida sus provechos, tanteando con nuestras necesidades sus socorros.

Y ya en el tropel desdichado de enfermedades, que nos la quiebran, en tanto número de achaques, que nos la apelligran, ¿quién bastará à decir, que el Agua bendita sola ha sido el sanatorio de Dios? No pudieron jamás Hypocrates, ni Galeno hallar medicamento tan universal, dixo con razon San Vicente Ferrer. Mucho es el número de las diversas enfermedades, que en

nuestro miserable cuerpo reconoce la medicina. Pues à cada una se pueden contar del Agua bendita tantos los milagros en sanarla, como son las enfermedades todas. En la ceguera, enfermedad la mas desdichada, ¿quántos à el Agua bendita debieron la luz? Del grande Apostol, mi Padre San Pedro, afirma San Vicente Ferrer, (Serm. de Aqua bened. dist. 21.) que con el Agua bendita dió la vista à ciento y diez y ocho ciegos. San Bernardo con la misma Agua à otros diez y ocho, y asi se refiere de otros muchos: (Surius in Vita 4. Decemb.) vamos corriendo. A un hidrópico, del todo incurable, lo sanó con el Agua bendita San Anon, Arzobispo de Colonia: (Sur. die 24. Ap.) à otro del mal de piedra lo sanó con esta Agua San Roberto: (Gregor. Tur. in Vita, cap. 10.) à otro, de terribles dolores de estómago, lo sanó San Martin con el Agua bendita: (Petrus Dam. in Vit.) con ella sanó San Odilon à otro de mal de corazon: à un hijo del Emperador Mauricio, que estaba horrible de leproso, con esta santa Agua lo dexó limpio, y sanó San Teodosio Archimandrita: (Metafr. in Vit. S. Theod.) à un Religioso de San Francisco, à quien estaban ya para cortarle una pierna encancerada, lo dexó sano en un instante el Ilustrísimo Don Juan de Ribera, Arzobispo de Valencia, solo con hacer una Cruz de Agua bendita sobre la parte encancerada. (Vicent. Blas. c. Hist. Regn. Aragon. lib. 2. cap. 4.) En fiebres, y calenturas, refiere de esta santa Agua repetidas milagrosas curaciones San Gregorio Turonense, y él mismo de muchos quartanarios, que con este soberano rocío, se vieron libres de su molesta accesion. ¿Pero à dónde voy? Si basta con decir, que si nuestra fé no duerme, que si nuestro fervor se aviva, el Agua bendita es el sanatorio de Dios. Y por eso de los primeros Christianos del Japon, refiere Tomás Bocio, que todos los que se sentían enfermos, al punto se iban à la Iglesia à beber Agua bendita: y favoreciendo Dios su fé, era aquella la fuente de su salud. Aun contra la peste, desdicha sobre todas espantosa, esta Agua santa ha sido varias veces la que purificando el ayre, ha traído respiraciones de vida. Asi lo vieron los Ciudadanos de Ancira, donde apestandos los ganados, se les morian de veinte en veinte, y con el Agua bendita los sanó San Teodoro. (Georg. in Vita.) Asi lo experimentó un Monasterio de Monjas todo apestando, que entrando en él San Bilibroido, y rociandolo con Agua bendita, las enfermas todas se levantaron sanas, y ninguna otra cayó, y se acabó del todo la accesion. (Sur. 7. Novembr.) contra el veneno ha sido esta Agua tambien segurísimo antidoto: (Sur. 15. Novembr.) con ella sanó San Maclovio Obispo, à una hija de un Conde, que mordida de una vivora, estaba ya para espirar. Con ella Hugo, Abad de Cluni, sacó del cuerpo de una muger una serpiente, que estando ella dormida

da se le había entrado por la boca. (Sur. 29. April.)

No se molesten, que ya dixé, que del Agua bendita, mas que las palabras, hablan los milagros: dexenme proseguir. En los mares, donde son las tempestades mas peligrosas, no pocas veces pocas gotas de Agua bendita, han bastado à serenar las mas furiosas. Asi refiere el Venerable Beda, (Bed. lib. 1. hist. cap. 17.) que embarcados de Francia para Bretaña los Santos Obispos San Lupo, y San Germano, en una terrible tormenta se vieron casi sorbidos, mientras San Germano dormía: despertandolo, bendixo Agua, rociòla por el mar, y al punto de este terrible monstruo, à pocas horas se serenaron todas sus aguas. Contra el fuego, elemento tan voraz, y espantoso, de esta santa Agua han bastado pocas gotas à apagar sus mayores llamas. Asi Santa Lioba Virgen, (Rodulf. in ejus Vita, cap. 11.) que estando en su Convento, se prendió fuego à la Ciudad, tan violento, que ya sin remedio la iba reduciendo à cenizas; y acudiendo à la Santa los afligidos Ciudadanos, ella les dió una poca de Agua bendita, diciendoles, que la echarán en el río, y luego con ella rociáran: asi lo hicieron, y en breve rato, como si del Cielo hubieran caído mares de lluvia, no se veía ya arder ni una chispa. Contra la plaga de los campos (Job, en qué tiempos, si hubiera fé, daba yo este provechoso recuerdo!) contra las plagas, digo, de los campos, el rocío del Agua bendita, como lluvia mejor del Cielo, ha sido repetidas veces, el que restituyendolos à su fertilidad, ha llenado las troxes de mieses. Asi abigida la Ciudad de Murcia en España, porque por espacio de catorce dias estuvieron sus campos, y moradas cubiertas de Pulgon, saliendo San Vicente Ferrer, à las puertas de la Ciudad, y rociando desde allí el Agua bendita, volò la plaga al punto; (Pelm. Raus. in ejus Vit. l. 3.) y si bien habia roído las hojas, y aun hasta las raíces, con todo eso aquel año fue la cosecha tan abundante, como lo habia sido los demás. Asi tambien con esta Santa Agua San Teodoro Archimandrita librò los campos de la Langosta; (Surius 22. Apr.) y otra vez otro Santo Monge, llamado Auphrates: (Theod. in Vit. S. Auphr.) ¡Qué buena ocasion, vuelvo à decir, para que lograra nuestra fé este remedio, sino aumentarán el daño nuestras culpas!

Vemos à la presente, quanto es lo que nos falta; pero vemos tambien el que ya, ni bastan clamores de los pobres, gritos de los Predicadores, zelo, y vigilancia de las Justicias, y contra todo prevalece la impiedad, y los latrocinios; ¿pues qué remedio? ¿el Agua bendita? Si lo fuera por sí; pero otra diligencia ha menester. De San Gonzalo de Amarante, Dominicano, se refiere, que estando predicando, para persuadir al pueblo quanto daño causa en el alma la excomunion,

Del Agua bendita.

acertaba à pasar por allí una muger con una canasta de pan muy blanco, y hermoso: hizola parar delante de todos, y de parte de Dios excomulgò aquel pan, y à vista de todos se puso al punto negro, y feo como el carbon. Quedaron atónitos, tuvòles asi algun rato, y luego haciendo traer Agua bendita, alzò la excomunion, rociòlos con el Agua, y al instante se volvieron à poner blancos como los copos. Esto hizo San Gonzalo con el Agua bendita, donde aquello habia hecho la excomunion; pero donde nada han podido hacer con almas malditas las excomuniones, ¿qué ha de ser del Agua bendita en los panes? Dios se duela de nosotros. Y por ultimo, si en esta santa Agua tenemos tan eficaz para todo, el remedio: si tiene otros tan santos, y tan aprobados la Iglesia: yo concluyo con preguntar: ¿para qué se inventan, hasta en lo mas sagrado, usos, y veleidades mugeriles, cedulas sospechosas, cuentas sin certidumbre, palabras, y santiguos sin provecho? Si tenemos estos tesoros, que desde los Santos Apostoles los viene venerando la Iglesia, si tan experimentados son sus prodigios, si tan conocidos como santos sus efectos, aquí sí que se ha de emplear nuestro amor, avivar nuestra fé, y devocion por nuestros mismos intereses, ya de los bienes del cuerpo en la salud, ya de los bienes del alma en la gracia.

PLATICA IV.

Del Pan bendito, su institucion, y antiguo usa en la Iglesia Católica.

A 2. DE FEBRERO DE 1695.

QUál pudiera ser la gala de una grandeza Divina sino un vestido tejido todo de beneficios? ¿Qué, digo, la tela que adornara el Sacrosanto Cuerpo de nuestro Redentor, sino la que sobre la trama de sus misericordias urdieron lizos de milagros? Asi lo conoció, avivada la fé con la necesidad, aquella afligida muger, que en doce años de un flujo de sangre, y de un flujo tambien de bolsa, sin hallar en la medicina el remedio, le vino à buscar en nuestra Vida Christo. Y haciendo con su fé las cuentas: no he menester, dixo entre sí, valerme de las atenciones benignas de sus ojos, sobran de sus labios los mandatos, de sus manos poderosas el contacto, y de su presencia benigna la virtud milagrosa: un hilo de su ropa me basta, un canto de su vestido, que con tocarlo solo, cogere en mis manos la salud: *Si tetigero tantum vestimenta ejus salva ero.* (Marc. 5.) ¿Para qué he menester yo mas diligencias, si solo en lo que la orla de su vestido arrastra por la tierra, de todo el Cielo se abaten los mejores influxos? *O quam docuit,*

cutit, exclama aquí admirado el Chrysologo: (Chrysol. serm. 34.) *O quam docuit mulier, quantum sit Corpus Christi, qua in Christi sinitria tantum esse monstravit.* Y quanto nos enseñó esta muger, que será el mismo Divino Cuerpo de nuestra Vida Christo: ¿si solo en la orla mas interior de su vestido hallò tanta virtud para su remedio, y tanta eficacia para la vida? Este argumento, pues, es hoy la breve materia de nuestra doctrina. Es el Pan, la tela dichosa, de que formó Dios su vestido, y su gala, en aquel Divino Sacramento, pues eso basta, para que el Pan bendito, que es el otro Sacramental, que nos queda, eso basta, digo, para que el Pan bendito, aunque no sea; como no es, mas que Pan, goce, como tela de que se viste Dios, prerrogativas de salud, y luces de milagros. Para que de este Pan bendito, à quien solo la bendicion eleva à ser tan prodigioso, hagamos luego el argumento: ¿qué será aquel Pan Divino, que con solo sus accidentes viste el verdadero Cuerpo de nuestro amantísimo Redentor! *O quam docuit mulier, quantum sit corpus Christi, que in Christi sinitria tantum esse monstravit!*

El Pan bendito, pues, de que solo nos va quedando con el desnudo nombre la memoria, fue en la primitiva Iglesia, durando por muchos siglos su uso venerable, fue, digo, el que sazónaba de los mejores gustos los convites mas Christianos, fue la medicina de los achaques, fue el remedio de los males, y fue oficina de innumerables milagros. ¿Qué mucho? Si este Pan santificado con la bendicion de la Iglesia, aunque no era mas que Pan, era un substituto, un Vicario de aquel divino Pan Sacramentado. Asi lo llamó el Doctísimo Guillermo Durando, por las razones que luego apuntaré; (Guillerm. Durand. lib. 4.) *Panis benedictus Sanctae Communionis Vicarius.* Y bastaba para su estimacion ser Pan, aunque no tuviera el ocultar en sus especies à Dios Sacramentado: que no carece por sí de propias estimaciones la concha, aun quando le falta la perla que la ennoblee. Dale sin duda, ésta todo el mayor precio, que la acredita con todo un celestial tesoro; mas quando despojada de la perla, solo por haberla tenido conserva no poca parte de respeto: *Exuvias suas heret bonos, & dives, & orba est,* dixo bien un moderno Poeta. Asi, pues, el Pan bendito: bastale la honra de ser concha, aunque no tenga en sí de la Divinidad humanada la inestimable margarita; bastale su respeto, y el ser un substituto que refresque del Pan Sacramentado la memoria.

A eso, pues, miró de este Pan bendito la institucion, y el Sagrado uso de la Iglesia. El caso fue, que siendo el olvidado bastardo hijo de la ingratitud, y del tiempo, viendo la Iglesia, que los años iban introduciendo en los corazones el olvido de aquella mayor fineza de Dios, que no cabe en las eternidades, para recuerdo siquiera

de aquel Pan Divino, instituyó los panes benditos, y para renovar nuestra confusion, y lo apunto. Recien nacida dichosamente la Iglesia, todos los dias comulgaban aquel Divino Sacramento todos los Fieles. Todos, y todos los dias, ¡Ah, tiempos! (Apud Steph. Duran. de Rito Eccles. lib. 2. cap. 18.) *Erant perseverantes in communicatione fractionis Panis,* dicen los Hechos Apostolicos; y de la Comunión explica estas palabras la Glosa, cap. Jacob. de Confes. Dist. 1. Despues, creciendo el número de los Fieles, y con el número la tibieza, ya no comulgaban todos los dias; pero cada ocho dias los Domingos comulgaban todos. Consta del cap. *Non iste de Confes. Dist. 5.* Ya, por suma dicha de nuestros tiempos, lo tomáramos. Mas como el descaecer es baxar, tan natural al peso de nuestras pasiones, pasando tiempo, mas resfriada la memoria, ya todos los Fieles no comulgaban sino en las tres Pasquas de Navidad, Resurreccion, y Pentecostés: asi nos lo apunta el Cap. *Si non frequentius de Consec. Dist. 2.* Mas, ni paró aquí la tibieza, y frialdad en el fervor; sino que ya despues, aun esas tres veces con remision se dexaba el Santísimo Sacramento. Y antes que se llegase à hacer dura piedra tanto yelo, el Sumo Pontífice Inocencio III. en el c. *Omnis utriusque sexus de penitentis, & remissionibus,* puso el precepto de que comulgáran todos, à lo menos una vez al año.

Ahora, pues: Allá, quando dexada la comunión de todos los dias empezaron los Fieles à comulgar solo en los Domingos, entonces (Durand. citat. Raynaud. tom. 16. 2. atbed. pag. mibi 220.) San Pio Papa, y Martyr, en el segundo siglo de la Iglesia por los años de 142. buscando medios para conservar en las almas el calor de aquel Pan vivífico; y viendo que no se conseguia mantener en todos por todos los dias su frecuencia, buscó arbitrio, como inspirado del Cielo, para que à lo menos se conservára todos los dias su memoria. Y para esto mandó que todos los Domingos en la Misa se bendigiera solemnemente el Pan que todos los Fieles llevaban en asedismas cesticas, y lo ponian junto al Altar; y que luego aquel Pan bendito se repartiéra à todos, para que llevandolo à sus casas, ya que no comulgaban el Pan Sacramentado, à lo menos aquel Pan bendito les fortificára en la piedad los corazones, y les fuera remedio de sus males. Asi, pues, lo hacian, y experimentaban los provechos. Y llamabanse estos Panes benditos, con voz Griega *Eulogias*, que quiere decir bendicion. Quedó desde allí esta costumbre santísima, mantenida por muchos siglos en la Iglesia, y venerada à fuerza de repetidos milagros que obraban los Panes benditos. Renovóla con nuevo mandato San Melchíades Papa por los años de 312. como lo refiere Baronio. (Ap. Baronium, ann. Christi 313.) Y despues por los años de 895. la volvió à confirmar el Santo Concilio Nanatense. Y mas ácia

acá, por los años de 1131. en que floreció en la Iglesia aquella gran columna de fuego, San Bernardo, (*In Vit. lib. 3. cap. 5.*) predicando contra los Hereges en las partes de Tolosa en la Francia, un día que bendijo en la Iglesia, presente el Obispo Gaufrido, los Panes, volviéndose luego à la innumerable muchedumbre que asistía: conoceréis, les dixo, que es mentira todo quanto los Hereges enseñan, y que solo es verdad lo que yo os predico, si comiendo de estos Panes sanarán vuestros enfermos. El Obispo temeroso del suceso, dixo con prudencia, se entiende, si los comieren con fé. A que replicó San Bernardo (teniendo él solo la fé por todos:) no digo eso; sino, que si lo comieren, sea con fé, ó sin ella, todos sin duda sanarán. Así fue, sanando à millares los enfermos, por lo que se le siguió à el Santo tanto aplauso, que huía de las Pueblos, porque le oprimía la muchedumbre. Mas ya en nuestros tiempos la vemos tan del todo olvidada, que solo nos han quedado, nacido sin duda de aquella antigua santa costumbre, dice nuestro Doctísimo Raynaudo, los Panecitos que ya en honra de San Nicolás, ya de Santa Teresa, y ya de otros Santos se bendicen. Y aun en estos, quanto los achicó el olvido, tanto los engrandecen las maravillas que Dios obra por ellos. En la Vida de San Nicolás se refieren de sus Panecitos atropados milagros. En los de Santa Teresa ya vió Mexico aquel milagro, ó aquellos milagros juntos, que tan poco há fueron palpable asombro de nuestra fé. No lo refiero, porque todos lo saben. Mas ya sería menos sensible el olvidado uso de aquellos benditos Panes, si vieramos conseguidos los fines que entonces tenía la Iglesia en bendecirlos. ¿Y qué fines eran? El primero nos lo expresa la grande autoridad del Cardenal Baronio: (Baron. cit.) Usaba, dice, la Iglesia bendecir, y repartir estos benditos Panes los Domingos: *Ut qui Sacratissima Eucharistia minime communicassent, hoc saltem alio communionis signo censerentur esse Fideles;* para que los que no comulgaban por su mala disposición, à lo menos con esta señal pública de su fé mostrarán siquiera que eran Christianos, y si aun en la comunión de cada un año quizá no pocos faltan, y la dexan, ¿qué señas de Christianos les quedan? El segundo lo apuntó ya Durando, y con otros lo repite nuestro Raynaudo: (Theophil. Raynaud. cit.) *In supplementum Communionis, quando frigente pietate destitutum est communicare quotidie.* Fue para que la frecuencia de la Santísima Comunión supliera de algun modo con el Pan bendito, aunque fuera la memoria. Pero si esta frecuencia de aquel divino Pan Sacramentado la logramos, entonces ninguna falta nos haría aquel antiguo Pan bendito: si en el Pan Sacramentado buscáramos con repetidas ansias del corazón todas juntas las bendiciones de Dios. Ese es, pues, en aquel Sacramento todo el deseo mas ardiente

de nuestra Vida Christo; esas todas las amorosas diligencias de la Iglesia nuestra Madre: ese es todo el remedio de nuestras costumbres, toda la reforma de nuestras vidas, todo el destierro de nuestros vicios, toda la vida, y el fomento de nuestra gracia, que alcanzándose, por cercanas unas à otras, nuestras Comuniones, el calor, y fervor de la una sirva de disposición para la otra. (Exod. 25. Levit. 24.) Entre los adornos que pedía Dios en aquel su antiguo tabernáculo, por muy principal, ordenó à Moysés que le pusiese delante una mesa dorada toda, con su labio, ó bordo tambien de oro. ¿Y para qué tanta prevencion de pureza? Para poner sobre ella los Panes Misteriosos de la proposición. Y si bien en lo dorado de la mesa se vé muy debida la preparacion que se requeria de limpieza à los Panes que à Dios ofrecían; pero en el tamaño de unos, y de otra, parece descuidada la prevencion: porque los Panes eran muchos, y grandes; la mesa por el contrario, muy angosta, y muy pequeña. Los Panes eran doce; consta del Levítico: *Singuli habebant duas decimas,* y tenía cada uno, dice allí nuestro Cornelio, trece libras y media. ¡Qué hermoso Pan! Mas dónde cabría una torta de trece libras y media, y al respecto de doce tortas de su tamaño? Pues veamos el tamaño de la mesa. Era de dos codos solos de largo, y uno de ancho: *Duos cubitos longitudinis, & in latitudine cubitum.* Poca mesa por cierto, y muy estrecha. ¿Dónde ha de caber en ella tanto Pan? Es, dice el Abulense, que se ponía uno sobre otro; seis à una parte, y seis à otra. ¿Pues qué importaba, dixera alguno, que siendo mayor la mesa, se pusieran de por sí cada uno de esos Panes? Ahí está lo mayor del misterio. Poníanse estos Panes calientes cada semana: *Ut ponerentur Panes calidi.* Pues para que unos con otros conserven el calor, ponganse juntos, cayga uno sobre otro, que eso le agrada à Dios; y separados se enfrían presto. ¿Aplico, almas, aplico? Eran aquellos panes simbolo de aquel Pan Sacramentado. Pues como aquel Pan se vaya poniendo uno sobre otro con la frecuencia en la mesa del corazón: como el fervor de una Comunión alcance à la otra, mas que no lo supla el Pan bendito, que para conservar este fervor en la memoria observaba la Christianidad primitiva.

Pero aun tenían otro fin de grande provecho en el uso de aquel Pan bendito. Y era, conservar con él entre los Fieles unos con otros la mutua caridad, la reciproca union con que enviándose de aquel Pan los unos à los otros de presente, y de regalo, fomentaban así el amor, y la correspondencia de una muy Christiana, y sincerísima caridad. Esa era su mas abundante bendición, como dice San Agustin, enviando este Pan bendito à Paulino: (D. Aug. Epist. 34. ad finem.) *Panis quem mihi misimus, uberior benedictio fiet dilectio-*

tione accipientis vestra benignitate. Así el mismo Paulino, enviándole un Pan bendito à Alipio, le dice, que se lo envía por muestra de su union: (Paulin. Epist. 25.) *Panem unam sanctitati tue unitatis gratia misimus.* Y otra vez al mismo Agustinó lo escribe, que envía un Pan bendito por indicio de su amistad: *Panem unum unitatis indicio mihi misimus charitati tue.* Este, pues, era en aquellos siglos de oro entre los Fieles indicio patente de su caridad, el Pan: el que de un Pan comiesen muchos. ¡Oh, siglos desventurados, dónde el Pan es ya por el contrario la mas evidente señal de la desunion, la muestra de que cada uno como lo- do quiere comer solo, y la prueba de que, hecha pedazos la caridad Christiana, anda muy por onzas la estimacion de lo eterno! El Pan ha sido siempre en la Iglesia el simbolo mas sagrado de la union mas dichosa, en que consiste el gozar de la misma Vida de Christo. Así lo mostraba entonces el Pan bendito, como quien suplía las veces de aquel Divino Pan Sacramentado, que solo en la union de unos con otros nos tiene vinculada la mejor vida.

Unus Panis, unum corpus sumus omnes, qui de uno Pane participamus: (1. ad Cor. 10. vers. 17.) los que comulgando participamos de un solo Pan, dice San Pablo, todos somos un Pan, sean distintas las personas, sea el número de los que comulgan aquel Divino Pan innumerable, todos no comemos allí sino un solo Pan, aunque en tantas hostias, aunque en tantas partes de todo el mundo, un Pan es solo: *De uno Pane.* Pues así, aunque sean tambien distintos los que lo reciben, todos no han de ser mas que un Pan: *Unus Panis.* Como los granos del trigo, que siendo tantos, de todos se compone un Pan solo; así por la union de los afectos, por el amor de las voluntades, hemos de ser todos un Pan solo: *Unus Panis.* Y si la diversidad de los Panes dice, y muestra bien, que no somos, sino muy distintos, que no está, sino con muy diabólica separacion, lo que cada uno amasa: *Si alius esurit, alius autem ebrius est:* ¿Qué Comuniones son las que dexan los corazones tan divididos como muchos Panes?

Pues esta union se zelaba tanto con el repartimiento de aquel Pan Divino, que en los Concilios Laodiceano, y el Bracarense se prohibía el que se pudiese dar à los Hereges, y Excomulgados. Observacion tan zelada, que en la vida de San Albino Andegavense se refiere, que obligan-

dole con violencia à enviar à un Excomulgado un pedazo del Pan bendito, que en señal de union le habia enviado à él otro Obispo, y viendo que no podia excusar el enviarlo, dixo: vaya; pero Dios vengará mi injuria. Así fue, porque al llevar el Pan, antes de llegar à su casa, habia muerto el Excomulgado de repente, porque no quiso Dios, que lo que era señal de union, que entre sí deben tener los Fieles, lo gozara el que era miembro apartado, y separado de la Iglesia. Y ni aun con pretexto de aparente virtud permitió el Señor que se faltara à esta señal dichosa de la caridad, y union. De San Melanio Obispo se refiere en su Vida, y lo trae nuestro Doctísimo Raynaudo, que habiendo acabado el sumo Prelado su Misa, envió las Eulogias, ó Panes benditos à otros Obispos sus vecinos, entre los cuales San Marso, Varon de grande virtud, porque era el tiempo de ayuno, no lo quiso comer, por haber ayunado, sino que lo guardó en el seno; pero à breve rato aquel Pan convertido en una serpiente, le ciñó, y rodeó todo el cuerpo, y lleno de horror, corrió de aquella suerte à San Melanio à pedirle perdon de su yerro: el Santo le envió à un Obispo, luego à otro; pero ninguno consiguió nada, hasta que volviendo el afligido, ceñido, y encarcelado de la serpiente, haciendo oracion San Melanio, al punto viéndolo todos, la serpiente se convirtió en el Pan bendito: *Serpente rursus verso in Eulogiam.* Sin mas dilacion: *Illuc comedit Marso in signum charitatis:* lo comió al punto San Marso, quedando enseñado, que mas que su ayuno, le agradaba à Dios la mutua caridad, el reciproco amor que aquel bendito Pan symbolizaba. Y si aun por ayunar, así castigó Dios la exterior seña de desunion, ¿cómo castigará la verdadera division, y ruptura de la caridad, por comer uno lo que quita de comer à otros? Y si esto fue solo en el Pan bendito, ¿qué será en los que reciben aquel Divino Pan Sacramentado, señal de unidad: *Signum unitatis,* simbolo de concordia: *Concordiae symbolum,* y vinculo, y atadura dichosa de caridad: *Vinculum charitatis,* como lo apellida el Santo Concilio de Trento. ¡Oh! Y en él sean tan unos nuestros corazones, que gozando todos una misma vida, que es la vida de Dios, logremos en ella con repetidos meritos, al dignamente recibirlo, crecer, y fortalecernos cada dia mas con alientos de la Divina Gracia.

LAUS DEO.